





“Nunca podrás comprender todos los personajes del drama”, le dice con cierta reiteración su alter ego homosexual (Pablo), mientras Correa, el personaje de la obra, se debate intelectualmente con Johanna (Eshter), la prostituta que le acababa de enviar la agencia, que si bien simbolizaría metafóricamente su heterosexualidad tiene una presencia un tanto agobiante en la obra. Tragedia o Comedia, plantea Bernardo Carey en su reciente obra sobre quien fuera su amigo Carlos Correa, un escritor maldito, un tanto imposible de encasillar. Carlos Correa fue profesor de filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, traductor y narrador. Fue homosexual y heterosexual, de ahí que la obra se enfrenta permanentemente entre su conciencia homosexual y Johanna, quien termina finalmente hasta por arrebatarle sus últimos bienes materiales. Carey logra transmitir esa personalidad que algunos definieron como poliédrica, homosexual reconvertido a la heterosexualidad porque “comprometía mi carrera, me horrorizaba ser un puto de cincuenta o sesenta años”. Se suicidó con furia a los 70 años, a fines de 2000, reza el folleto de presentación de Carey en el Teatro del Pueblo. “Se creía un hombre trágico (continúa), se asumía como tal y su suicidio parece confirmarlo. El resto del mundo, nosotros, éramos unos simples comediantes”. La foto de

Jean Paul Sartre (a Correa, junto a Sebrel y Massota, se lo considera el principal introductor del existencialista-marxista francés al mundo intelectual rioplatense) adorna su cuarto en una escenografía austera, que junto a un catre maltrecho, una máquina de escribir y libros, muchos libros, se combinan para darle a la obra ese toque de inmaterialidad, inmaterialidad en la que se debaten los antagonismos del escritor. Y Junto a Sartre, completan el decorado Sabrina (Haudri Hepburn) y Eva Perón, con quien dialogará quizás exageradamente a lo largo de la obra. El discurrir de la misma pareciera indagar en los días previos a su suicidio, el que practicó arrojándose al vacío desde un balcón del departamento de la calle Pasteur en el que vivía. A pesar de sobrellevar largamente dificultades económicas, la decisión de morir de Correa sorprendió a muchos de sus allegados y de ahí también el empeño de Carey de retratar a un Correa solitario que calma o atormenta sus horas de hastío entretejiéndose en sus antagonismos de querer vivir, que se superponen a un borrascoso espíritu de autodestrucción. Se lee en la contratapa del libro que publica la obra de teatro de Carey que: “Carlos Correa se sabía culpable. Incluso de aquello que no había cometido. Pero la certidumbre de su culpa no lo anonadaba. Por el contrario. Era un impulso para su violencia. Violencia por lo menos verbal. Hasta que corporalmente la ejerció sobre sí mismo.” La obra, que trans-

curre en una atmósfera de relativa irrealidad, se balancea entre lo mísero, lo abandonado y lo poético; más precisamente entre la tragedia y la comedia, como una emulación de aquella idea de Correas de que la vida era una tragedia actuada por comediantes.

Bernardo Carey es actualmente vicepresidente de Argentores y por sobre todo miembro fundador de la Fundación Somigliana e integrante del consejo directivo y artístico de Teatro del Pueblo en donde se ha estrenado su obra en julio de 2016, y el primero en rescatar para las tablas la figura de Correas. “Yo conocí a Carlitos en 1953, cuando Contorno estaba iniciándose, ya que Oscar, Juan José y Carlos eran una especie de trilogía a la que yo me incorporé como cuarto, digamos; al poco tiempo Oscar comenzó a sufrir de sordera, empezó con (Jacques) Lacan y con el psicoanálisis, se mudó a Barcelona y allí murió joven”; dirá Carey en una entrevista a Télam. Pero fue con Correas con quien su vínculo fue fuerte, siguiendo en orden Masotta y Sebrelli, “y mi mayor amistad fue con Carlos, al que le debo mi introducción a la vida literaria; yo entré a conocerlos a ellos a través de David Viñas y de Adelaida Gigli, que era su mujer de entonces y la hija de mi maestro de dibujo, Lorenzo Gigli, y ellos me conectaron con los tres, que eran más de mi generación”. Así como Correas, Bernardo Carey también compartió las peripecias de la joven literatura argentina de los años cincuenta que comenzaba a romper ciertos moldes y costumbres arraigadas en la paqueta sociedad burguesa de la urbe porteña. “A Carlos lo conocía desde aquellos años e incluso fui depositario durante muchos años de una novela, ‘Los jóvenes’, por la que había tenido un juicio por obscenidad y era un texto fantástico para la época, y además, en 1954 los dos colaboramos en la revista Centro, de la Facultad de Filosofía y Letras: yo con un cuento ingenuo y él con uno donde dos hombres se besaban, que

causó un escándalo enorme”.<sup>1</sup>

Habiendo nacido en Buenos Aires en 1931, Correas fue escandalosamente célebre antes de cumplir los 30 años al ser condenado a seis meses de prisión en suspenso por uno de sus escritos. Se trató del castigo a su relato “La narración de la historia”, publicado en diciembre de 1959 por la revista Centro, del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras. La condena también alcanzó a Jorge Lafforgue, director de la revista en cuestión. El cuento que provocó el escándalo en 1959 (y que forma parte de los cuatro relatos incluidos en “Los jóvenes”) implicaba un recorrido por los suburbios de Buenos Aires, describía al mundo gay y sus relaciones homosexuales, más precisamente el fugaz vínculo entre un joven de clase media y un adolescente desclasado, marginal. Seguramente este cruce entre los componentes desiguales de la realidad social con el “desfase” sexual respecto de las pautas tradicionales a través de los recursos de la ficción fue lo que generó la feroz reacción de lo peor de la ortodoxia cultural, social y política del momento, que se sentía ofendida en sus “verdades”. El diario La Nación publicó un editorial denostándolo, e incluso “los sectores de la izquierda, que eran claramente homofóbicos, consideraron que el texto era repugnante”, cuenta Juan José Sebrelli en el documental “Ante la ley (El relato prohibido de Carlos Correas)” del año 2012, realizado por Pablo Kapplenbach y Emiliano Jelicié. Toda esta descripción de la situación nos obliga entonces a recordar como comenzaba su texto polémico: “A la una de la mañana el Anchor languidecía. En el mostrador del bar, varios putitos de calzoncillos anatómicos beben Coca-Cola. Junto al piano bailotean torpemente dos ingleses de porongas lechosas. Los farolitos rojos dan la justa luz para ese pequeño quilombo de pajeros. Mesitas alcahuetas y lustraditas, mozos con aire de perros, espejos estratégicos para que los putitos se de-

---

<sup>1</sup>Bernardo Carey, en busca de su amigo Carlos Correas. Télam, 1/05/2016:

<http://www.telam.com.ar/notas/201605/145653-bernardo-carey-en-busca-de-su-amigo-carlos-correas.html>



seen de reajo. En una mesa, alrededor de un podrido olor a pescado, hay una hembra fermentando". Por este relato, algunos vinculan a Correas con un precursor de toda una definición de subjetividad en la literatura argentina que luego desarrollarían con más extensión y difusión Manuel Puig, Osvaldo Lamborghini, Copi, o Néstor Perlongher. Sobre el hecho, recordaba Correas en una entrevista realizada en 1985 pero publicada por la revista "El Juguete Rabioso" en noviembre de 1990: "Con mi cuento La narración de la historia aparecido en la revista Centro en diciembre de 1959 hubo más de un escándalo. Era un cuento con tópicos y hechos homosexuales. Primero un escándalo doméstico, por ejemplo que Germán Rozenmacher, en la época compañero de estudios, me dijera que él y un grupo de amigos encontraban aceptable mi cuento, excepto el que dos tipos se besaran en la boca. Me quedé en blanco. Pero la réplica debió haber sido que no eran simplemente dos tipos, sino una marica besando a un chongo o a la recíproca. Segundo, el escándalo judicial, el proceso, la condena por `publicaciones obscenas`, el secuestro y prohibición de Centro. En el juzgado, el fiscal, Dr. Guillermo de la Riestra le pidió al juez que me preguntara qué juicio me merecía a mí la masturbación, `el acto más abominable que podía cometer un hombre`. En el despacho del juez estábamos entre varones solos; también estaba el abogado defensor, función de la que muy generosamente se había hecho cargo Ismael Viñas. El juez, sabiamente, declinó formularme esa

pregunta. El cuento que me valió asimismo el editorial Confusión y extravío del diario La Nación del 17/5/1969, que decía que mi cuento, no por estar escrito podía considerarse dentro de la literatura, ya que caía más bien en el campo de lo patológico. Me alcanzaba uno de los tantos ecos de la altísima moralidad y del sano poder de policía doctrinaria desde los que habla La Nación. Yo quedé debidamente, ya que no excesivamente, reprimido."

Luego de esta fugaz notoriedad, Correas fue quedando un tanto en el olvido, no llegando a conocer su obra nunca una gran difusión. Luego del impensado escándalo judicial Correas continuó escribiendo ficción pero no llegó a publicarla sino hasta comienzos de los 80, cuando se editó "Los reportajes de Félix Chaneton" (1984), tres novelas breves de corte autobiográfico escritas durante la última dictadura.

Filósofo egresado en 1966 y traductor minucioso, Correas se desempeñó como profesor de Filosofía Moderna y Contemporánea en las universidades de Buenos Aires y La Plata. Se vuelca a la traducción y la docencia particular a partir de 1974 cuando es cesanteado de sus cargos, logrando volver recién en 1985 a los claustros universitarios, pero esta vez solo como docente en el CBC de la UBA. Dicen que entre sus devociones intelectuales se encontraban Kant, Hegel, Marx, Borges, Kafka y Arlt. Pero su regreso a la industria editorial, tras el patético episodio judicial, fue "La Operación Masotta (cuando la muerte también fracasa)", publicada originalmente en 1991 y reeditada en 2007. Con Masotta y Sebrelí, como se dijo, conformaron

aquel trío sartreano que participó en Contorno pero que tenía vida propia, muy intensa pero también efímera. Pero fue con Masotta con quien Correas entablaría una relación más estrecha, tanto que Masotta le escribe en una de sus cartas: "(...) hasta hoy mi otro sos vos". A lo cual Correas repondrá en La Operación: "así era; así es; éramos cónyuges", para insistir luego: "yo no creo, sé que Masotta es mi hombre". Es claro, y muchos así opinan, que Correas se sentía absolutamente seducido por Masotta. Pero Masotta luego se distanciará, abandonando el derrotero intelectual del trío (igual camino seguirá Sebrelí más tarde, quien termina en la derecha más rancia hacia los años '90). Ya entrada la década del 60, Masotta se distancia de sus amigos de juventud y de su sartrismo originario. A través del estructuralismo, pasa por el Instituto Di Tella, hasta llegar finalmente al psicoanálisis, desde donde se erige en uno de los primeros lectores y difusores de Lacan en la Argentina. En palabras del propio Masotta su público pasará a conformarse por "jóvenes semiólogos formados en la investigación por Eliseo Verón". A esto, Correas comentará lapidario en La Operación: "Frasas como esta pertenecen a un género ya entonces tradicional que nos hacía carcajear, desfachatados a Masotta y a mí en la década del 50. Como en nuestra veintena éramos jóvenes, los demás 'jóvenes' nos resultaban cómicos. Si además

eran 'jóvenes semiólogos' (o 'semióticos' o 'sociólogos' o 'notarios' o 'herboristas' o 'rugbiers') la comicidad se multiplicaba. ¡Y qué, si además estaban 'formados en la investigación'! ¡Y por el formador Eliseo Verón! (...) Esos 'jóvenes semiólogos' eran ahora 'sus' alumnos". Esto marca claramente la ruptura de esa cofradía intelectual por divergencias tanto en los caminos culturales como políticos que cada uno asumió. Y es esta ruptura la que da vida a "La Operación Masotta", aproximación y penetración cruel en la biografía de su ex camarada en la cual la vida y la obra adquieren el mismo estandarte crítico comprensivo. "Correas deglute la vida de Masotta y la escupe como autobiografía", sostendrá Jelicié.

Póstumamente, en 2005, vio la luz otro volumen de narrativa, "Un trabajo en San Roque"; que no cambiará su figura literaria poco perceptible, en un mundo dedicado básicamente a las luminarias, sean estas frívolas o intelectuales. Su letra descarnada y provocativa y el abordaje de tópicos periféricos en su producción narrativa y ensayística hicieron quizás que no lograra nunca una trascendencia como otras figuras de su generación. Durante su vida, su nombre y su obra tampoco provocaron adhesiones unánimes y numerosas. Es que si algo fue, es un clivaje entre académicos y adherentes a una literatura que se desenvuelve en los márgenes de los cánones establecidos del saber, aunque este sea incluso crítico.